

Gabriel Zaid

**La Nueva
Economía
Presidencial**

grijalbo

Índice

<i>Prólogo</i>	9
I. Elecciones interminables	19
1. País en curva	20
2. Difícil de creer	24
3. Fechas para el fin del PRI	26
4. Democracia desde arriba	30
5. La sombra del maximato	33
6. Caudillos electorales	35
7. Los otros grandes electores	37
8. Diputados desconocidos	40
9. Distrito presidencial	42
10. El respeto al voto	45
11. Elecciones interminables.	47
12. Los dueños del PRI	50
II. La república simulada	53
1. La monarquía absoluta	54
2. Veinte años después	56
3. Laguna Verde	58
4. Estado de chueco	60
5. ¿Razonables o dejados?	62
6. Si Juárez no hubiera muerto	65
7. La ley y la excepción.	67
8. La transición mexicana.	69
9. Otras lecciones de civismo	72
10. La economía del silencio	75
11. El poder de los medios	77
12. La verdad es sexenal	79

III. Adiós a la programación.....	83
1. Planes, muchos planes	84
2. Sacrificios desperdiciados	87
3. Pagar y crecer	88
4. Un error planeado.....	91
5. Un buen arreglo	94
6. Adiós al Tibet.....	96
7. Fantasmas del exterior	101
8. Sueños de restauración	103
9. Sobregiros de confianza	105
10. Permiso para reetiquetar	109
IV. Gigantismo y platos rotos	115
1. Reservas de productividad	117
2. Por un impuesto a la mordida.....	120
3. Recaudaciones contraproductentes	123
4. La otra ley de Herodes	125
5. Impuestos por leer y escribir	128
6. Desesperadas manos muertas	132
7. Mercado y capitalismo	135
8. Monopolios y micropolios	138
9. Estado y tubería	140
10. Petróleo y gigantismo	143
11. Hoy no produce	145
12. Suprimir la SEP	147
13. Licenciados en natación	150
14. Ministro por un día	153
<i>Apéndice. La reducción de plazas en el sector público</i>	<i>157</i>
<i>Índice de nombres</i>	<i>159</i>

Prólogo

La economía presidencial nació en 1973, cuando el presidente Echeverría decidió manejar las finanzas “desde los Pinos”. Quince años después, los errores y abusos del poder presidencial habían desembocado en una quiebra insostenible. Los malos resultados se venían financiando con promesas cada vez menos pagaderas. Las fantasías de poder topaban con la realidad de no poder. La deuda externa y la deuda pública estrangulaban todo posible crecimiento. El capital político apenas alcanzaba para vivir al día.

Frente a tamañas dificultades, la salvación del Grupo Industrial Los Pinos ha sido un éxito espectacular del presidente Salinas. Hasta el país se benefició. Usó la fuerza pública para intimidar a los sindicatos del Grupo, y sacarles concesiones nunca vistas. Usó la fuerza pública para imponer a la sociedad recaudaciones en favor de la caja del Grupo. Obtuvo nuevos créditos, a mejores plazos y tasas de interés. Subastó una parte del poder monopólico del Grupo, a buenos precios. Liquidó subsidiarias, despidió personal, eliminó servicios. Subió los precios de sus productos, mientras frenaba los precios de sus proveedores y los salarios de su personal. Redujo extraordinariamente la deuda externa del Grupo, dejando que creciera la deuda externa del país. Multiplicó las relaciones públicas en campañas de Solidaridad, en campañas de cabildeo, en campañas de prensa y televisión que anunciaban éxitos y más éxitos (algunos, celebrados con el Himno Nacional).

Los latifundios de una familia, sus guardianes armados y el aparato administrativo del monarca fueron alguna vez el Estado. El Grupo Industrial Los Pinos es algo más complejo que el patrimonio de una Casa Real (hay un monarca, pero no una sola familia; el poder es transitorio y no se hereda por consanguinidad; hay petróleo, electricidad, comercio, además de latifundios) pero acabará devuelto a la sociedad, como sucedió con los Estados patrimonialistas europeos. Por eso, aunque el Grupo se merecía la quiebra, aunque los platos rotos fueron obra suya y los pagó la sociedad, el saneamiento de las finanzas del Grupo es bueno para la sociedad.

Tiene además un beneficio político, que facilita la devolución: el proceso puso en evidencia las limitaciones del poder sin límites. El presidencialismo como remedio del presidencialismo es un espectáculo autodestructivo. El método es inaceptable y los resultados inseguros. Remediar presidencialazos a presidencialazos no inspira confianza: hace temer los presidencialazos venideros. Por eso, la nueva economía presidencial es transitoria, aunque sueña con la restauración (lograda, más que nunca, “desde los Pinos”). El espectáculo del poder absoluto, dando bandazos de un extremo a otro, desembocó en una quiebra más sutil: acabó con la fe en el sistema.

Esta conciencia y las cosas buenas que el realismo del Grupo tuvo que aceptar para solventar su quiebra resultaron lo mejor del sexenio. El poder absoluto decidió encabezar, en vez de reprimir, una serie de cambios exigidos por la sociedad y por la realidad: cambios mentales, económicos, políticos, algunos de los cuales quedarán, contra las veleidades del poder absoluto.

1. Cambios mentales

Todavía en 1985, la Revolución Mexicana fue celebrada en sus 75 años de construir el país. Esta fantasía oficial se coronaba con

una aureola patrioter: la Revolución Mexicana ¡se adelantó a la rusa! Para 1990, en pleno derrumbe de la fantasía rusa, se optó por no menear los 80 años: 80 años de miseria para millones de mexicanos, 80 años sin sufragio efectivo. Archivar la retórica revolucionaria es una de las cosas buenas del sexenio que seguramente quedarán.

Lo mismo puede decirse de la retórica jacobina. Aunque había perdido virulencia, y se volvía cada vez más ajena al sector moderno (ya no digamos, al tradicional), sus residuos ridículos parecían intocables. Hasta que se impuso el presidencialazo que empezó a sacar la pata del Estado, atorada en el siglo XIX.

También ha sido bueno abandonar la retórica tercermundista. Desde el sexenio de Echeverría, los universitarios en el poder llevaban una vida esquizofrénica: andar como en su casa por el Primer Mundo, con la retórica del Tercero. Tenía sus ventajas: estar en el poder y sentirse víctimas del imperialismo; abogar por los pueblos oprimidos, robándoles el derecho a votar; apacharse con el “ahí se va” del Tercer Mundo, pero con pase automático al Primero; tener al mismo tiempo las criadas de aquí y los aparatos de allá.

Los nuevos universitarios en el poder no la pasan tan mal, y todavía se roban las elecciones, pero ya no hacen el ridículo de pedir perdón a los oprimidos e identificarse con las víctimas: se identifican con los triunfadores. Andan como en su casa por el Primer Mundo, sin andarse con cuentos tercermundistas. Han sido despiadados para imponer sus intereses, tomar el control del Grupo y atropellar lo que sea necesario para salir de la quiebra, contra los derechos adquiridos de los antiguos accionistas, el personal, las clientelas, los productos y servicios que se consideraban intocables. No respetan las formas revolucionarias, jacobinas, tercermundistas, ni las tradicionales del sistema.

Era absolutamente inconcebible que un presidente mexicano dijera: “queremos ser del Primer Mundo”. Para bien y para mal,

ése fue el cambio decisivo del sexenio, difícilmente reversible, porque responde a las ilusiones de los mexicanos modernos y a las realidades externas de la quiebra.

2. Cambios económicos

Los cambios económicos más importantes, valiosos y perdurables del sexenio han sido la privatización y la apertura. Los impuso la realidad, más que la programación, y llegaron un poco por la puerta de atrás: como medios más que como fines.

La privatización tenía años de estar teóricamente en marcha, pero ¡cómo arrastraba los pies! Hasta principios del sexenio, hubo una resistencia visceral a desprenderse de nada. La privatización no funcionó hasta que la tomó Hacienda; es decir, hasta que se volvió un medio de meter dinero a la caja. Por eso, no se escuchan las críticas usuales en estos casos: que se malbarataron los bienes del Estado. Por el contrario, para animar la puja, se ofrecieron los paquetes con los permisos necesarios para que los nuevos dueños puedan fregar al público, dando mal servicio y cobrándolo caro.

La apertura tiene una historia semejante. El Grupo ha sido visceralmente monopólico. Arrastró los pies muchos años, antes de entrar al GATT. Lo más notable de todo (porque llegó al poder un equipo de programadores) es que el Tratado de Libre Comercio no está previsto en el Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994. Más aún: la posición oficial fue contraria al TLC todavía en 1989. La apertura a las importaciones, que fue un viraje sorprendente en el mercado interno, empezó como un medio para un fin monetario: frenar los precios de los productos mexicanos. Por eso, la apertura mexicana no fue una concesión a cambio de ventajas en el TLC, sino al revés: primero se dio y luego se negoció.